descansar en la cima. Para mi prójimo conservo un fondo inagotable de indulgencia; gracias á este medio tengo amigos en todas partes.

Vos, por ejemplo, sois bastante viciosa para haber arruinado á mi pobre amigo Kerjean; y sin embargo, no puedo guardaros rencor. Si yo hubiese tenido la desgracia de ser mujer, sería cien veces peor que vos, y hasta hubiera inventado mil medios para vengarme de la crueldad y tiranía de los hombres. Buenas noches, querida.

Inclinóse y depositó un beso en su cuello de cisne.

Luego partió.

Poco á poco los salones quedaron desiertos.

El elegante notario quedó el último.

Apoyóse en el respaldo del sillón de Sarah y al despedirse preguntó á su cliente:

—¿Cuándo satisfareis mis honorarios?

—Cuanto antes mejor; enviadme la minuta y pagaré.

—¿Cómo?

—Con dinero, como todo el mundo.

—¡Oh, cruel!—exclamó;—¡cuán desdichado me hacen vuestros rigores!

—Buenas noches—repuso ella tendiéndole la mano.—Es todo cuanto puedo concederos.

Una vez sola, quedóse pensativa mirando á la chimenea, cuyos carbones rojos comenzaban á blanquear entre la ceniza; luego, levantóse indolentemente y se dirigió á su habitación.

XX

Aquella habitación era un prodigio de elegante suntuosidad.

El lecho de madera dorada, bajo y ancho, estaba cubierto con un tapiz de seda brochada, color oro viejo, y sobre fondo verde. Las colgaduras se levantaban por medio de gruesos cordones, á manera de las que se contemplan en los cuadros de los antiguos pintores. A la cabecera del lecho se ostentaba el nombre de Sarah, formado con diamantes.

La doncella había preparado el lecho.

En la semi-oscuridad que reinaba en la habitación, iluminada únicamente por una lamparilla, cuya claridad atenuaba un globo de cristal rosado, se distinguía una multitud de sillas tapizadas de seda, muebles de marquetería y estatuitas de bronce reflejadas por cinco ó seis espejos.

Sarah entró tarareando con una voz bastante falsa y, sin embargo, no exenta de encanto, la romanza de *Mignon:*

Connais-tu le pays où fleurit l'oranger? (1)

Y con un gesto despidió á la doncella que la acompañaba.

Ante la chimenea extendió los brazos levantándolos sobre su cabeza.

—¡Cuánto me fastidia esa gente!—dijo.

(1) ¿Conoces el país donde florece el naranjo?

Un suspiro la contestó.

Volvióse y vió á un personaje, tendido en una *chaise-longue* á su izquierda.

A la vista de aquel huésped nocturno, que habia olvidado:

—¡Ah!... ¿Conque estábais ahí?—preguntó Es muy tarde. Si teneis algo que decirme, hablad pronto, porque memuero de sueño.

—Si os molesto, mi querida Sarah, vuestra es la culpa... ¿No me habeis escrito que viniese?... Pues he venido.

—¡Ah!... sí, el billete de antes. Ya no me acordaba. Se trataba de que entráseis en el salón. ¿Quién os lo ha impedido?

—No lo ignorais.

—Sin duda; esa timidez natural que no abandonais nunca. Pues bien, amigo mio; si os parece, dejaremos esta conversación para mañana. Sería un poco larga. Esta noche hacedme el favor de marcharos.

—Es que...—observó dulcemente Rodolfo—he despedido mi coche.

—¡Mi coche!—contestó ella.—Hé ahí unas palabras que no significaban nada cuando érais un simple procurador de provincia. ¿No es cierto que esa palabra es dulce?... Y esos criados, mejor vestidos que nosotros mismos, y que os esperan á la puerta, ¿los habeis despedido también?

—En efecto.

—Habeis hecho mal. ¿En qué pensabais?... Vuestra excelencia tomará un *fiacre*, ó yo llevaré la complacencia hasta el estremo de mandarlo á buscar.

Una profunda indiferencia expresaba el acento de Sarah. Comenzó su *toilette* de noche con la misma libertad que si hubiese estado sola; es decir, lentamente y con orden.

Sarah era adorable. Sus largos cabellos, suaves y brillantes, cubrian su espalda y sus hombros, de admirables contornos. Su pecho se levantaba á impulsos de la respiración, bajo la batista de la camisa, tan fina que parecia tejida por las hadas.

La tibia atmósfera de la habitación estaba impregnada de ese perfume suave de jazmin, ó de lirio en flor que revela la presencia de una mujer joven y hermosa.

El ministro estaba estasiado ante aquel cuadro; un sentimiento de orgullo le decía que aquella célebre belleza era suya, que gozaba de los derechos del dueño, sobre aquella criatura deslumbradora, tan diferente á las demás mujeres que había conocido hasta entónces.

Sus ojos dilatados, no se separaban de la judía.

Esta tomó un espejillo de mano colocado sobre un costurero cerca de él, que hizo un movimiento para asirla.

Ella se esquivó.

—Tened cuidado—le dijo;—vais á destrozarme la batista.

Despues, terminado su exámen, sentóse en la estremidad de la *chaise-longue*, y arrojó sus zapatitos de raso azul léjos de ella.

—Ahora—repuso,—mi querido gran hombre, hacedme el favor de dejarme sola. Des-

pues de las emociones de la gran partida que acabo de jugar, necesito reposo y me declaro incapaz de nada. ¿Comprendeis?

—Vamos—dijo Rodolfo;—estais de broma. Supongo que no tendreis valor para despedirme á semejante hora. Sería una ferocidad á la que no me teneis acostumbrado.

—Pues es necesario acostumbrarse—replicó Sarah friamente;—os habeis figurado que nuestra intimidad iba á ser eterna, y toca á su fin.

—¡Estais caprichosa esta noche!—observó el ministro.

—¡Ah! espero no me proporcioneis una escena desagradable.

—Pero ya que me hablais tan duramente, decidme al menos la causa.

—No os hablo duramente; no quiero que permanezcais aquí, y os despido; es natural. Acaso ¿no podeis prescindir de mí?

—No.

—Pues será necesario.

—¿Por qué?

Tal angustia revelaba el acento de Rodolfo, que la judía retrocedió ante una explicación más clara.

—Porque un día ú otro tiene que suceder—continuó Sarah dulcemente.—Por ejemplo, cuando me parezca retirarme del mundo. La vida que llevo no es un fin, es un medio. ¡Yo no he deseado los honores! Pero he deseado ardientemente la fortuna, el oro, todos los bienes de que estaba privada, para reconquistar mi independencia, para disponer de mí misma á mi gusto y tomarme la revancha de la miseria que me ha torturado al principio de mi vida. Ahora nada tengo que envidiar á nadie. ¿Quereis que continúe sometida al ascendiente y exigencias que me humillan? Bastante tiempo he sido víctima de los demás; ahora quiero ser dueña de mi misma. ¿Me comprendeis?

Sarah hablaba lentamente, con calma, arrugando entre sus dedos un fichú de encaje.

El corazón de Rodolfo se oprimió ante aquella resolución inesperada, cuya extensión comprendía. Su felicidad se desvanecía, porque la pasión que le había inspirado la judía era tanto más profunda, cuanto que ella significaba para él, cuya juventud ruda y pobre había transcurrido en una especie de reclusión claustral, la primera que le había anunciado en los goces más embriagadores de la vida.

Se levantó y asió humildemente las dos manos de Sarah.

—Me engañas—dijo;—tú no puedes abandonarme. Desde que te conozco ocupas todos mis pensamientos, ó por mejor decir, eres mi único pensamiento. Mi ambición no ha sido la de obtener honores pasajeros, sino tu amor, que creía tan duradero como mi vida. Dime que te burlas, que sólo es una prueba, que tus promesas no eran falsas y que me pertenecerás siempre.

—No, Excelencia, no haré juramentos que no cumpliría.

—¿Y los pasados?

—¡Oh!—contestó Sarah sonriendo;—¿acaso eran serios? Ni siquiera me acuerdo de ellos.

E hizo un movimiento de cabeza que significaba: ¡Tantos se lleva el viento!

Y añadió:

—Soltadme, os lo ruego: me haceis daño.

Inclinóse el ministro y enlazó el talle flexible de la joven con su tembloroso brazo.

—¡Piensa—la dijo—que he puesto en tí todas mis esperanzas! ¡Que todo te lo he sacrificado y, según me temo, hasta mi consideración.

Un irónico gesto se dibujó en los labios de la judía.

—Creo que te aproximas á lo cierto, Rodolfo:—contestó;—vamos, te pones en razón.

Ella sólo le daba este nombre en sus raros accesos de alegría.

Después repuso:

—Si hubieses oido el concierto de injurias que el populacho os dirige á todos, te hubieses asustado. Vas á caer, me lo temo. Eres hombre al agua.

—¿Te habrán mezclado en esa reprobación?

—¿Qué me importa? La estimación que me tienen, no disminuirá. ¿Qué soy yo? Una simple cortesana; una mujerzuela, menos que una mujer: una muchacha. Con esta palabra se dice todo. El mundo no se ocupa de lo que hacemos: es poco exigente respecto á nuestra moralidad, palabra ridícula y vacía de

sentido. Con tal de que lleve magníficas *toilettes*, trajes de Worth ó de Laferriere, sombreros de Fanny Claude, botinas de Ferry, que mis diamantes no sean falsos, que tenga salud y buen humor, que sonría convenientemente mostrando dos hoyitos en las mejillas á mis conocimientos de la orquesta en los Franceses ó á la Renaissance, no se me exige nada más. ¿Se informan las gentes de dónde proviene la luz de las estrellas? Se las mira, y eso es todo.

Respecto á vosotros, es muy diferente. Sois personajes en boga; elegidos y discutidos por los órganos de setenta y cinco opiniones diferentes, que se tropiezan en las calles de París como caballos en una carga de coraceros; sois batidos en brecha por los cañones de la oposición, puesto que estais en el poder. Se busca vuestro sitio vulnerable y no podriais dar un paso sin que se averigüe la causa. Yo, con tal de no tener ni viruelas ni otra enfermedad que me desfigure, siempre tendré adoradores; vosotros siempre tendreis adversarios y detractores; hé ahí las diferencias que existen entre nosotros. Yo puedo hacer lo que me plazca; vos debeis hacer lo que plazca á los demás, y habeis disgustado, querido señor, á cuantos me rodean.

Rodolfo la envolvió en una humilde y cariñosa mirada.

—Con tal de complacerte á tí—murmuró, —¿qué me importa la opinión de los demás?

Ella movió los hombros con una especie de desden protector.

—Todavia—dijo;—¡tambien vos, el hombre de las indignaciones virtuosas! ¡Me inspirais lástima con ser tan tonto como sois! Querido mío, creedme: mas energía, más dignidad, y las mujeres os amarán mejor.

—Me cuido poco de las demás—contestó; —bien sabes que para mí solo existe una.

Sarah tiró del cordon de la campanilla con violencia.

—Celestina—dijo á la doncella cuando esta apareció,—preparad la habitación azul para su excelencia.

—Ya veis cuán buena soy—añadió cuando se halló á solas con Ligneres.—Os concedo hospitalidad por esta noche.

Este quedó inmóvil y nervioso, víctima de un malestar desconocido.

—¿Os sorprende?—repuso ella.

—Existe un secreto en todo esto, que quiero conocer. ¿Por qué turbar nuestra felicidad? ¡Hace dos años que éramos tan felices!

—Eso lo direis por vos, querido mío,—replicó secamente la judía.

Una lágrima de rabia abrasó los ojos del ministro.

Sarah colocó sus largas trenzas en torno del cuello y apoyó coquetamente la cabeza en la mano derecha.

—Queréis saberlo todo y haceis mal. Deseaba evitaros un disgusto, porque en suma esperimento por vos una gran amistad; pero ya que os empeñais, consiento en deciroslo todo. Amo á otro.

A pesar de la oscuridad de la habitación, le vió palidecer densamente.

El guardó silencio durante un instante, incapaz de proferir una palabra.

Por fin se repuso:

—¡Oh! ¿con qué amais á otro?—balbució. —Y aquél á quien preferís ¿os corresponde?

—No lo sé todavía.

Rodolfó respiró.

—Pero—añadió ella—lo sabré bien pronto.

—¿Cuando?

—El día en que consienta en casarse conmigo.

—Y esa persona de quien hablais ¿es hombre de buena sociedad?

—De la mejor.

—¿Noble?

—Un blasón auténtico.

—¿Rico?

—Ayer lo era.

—¿Y hoy?

—Creo que nos hemos apoderado de su dinero, con el de otros muchos.

—¿Qué relaciones os unen á él.

—Solamente la amistad, al menos por su parte.

—¿Y su carácter?

—De lo más honrado. Ahora dejadme dormir porque me muero de sueño.

Inclinóse Rodolfo sobre la cabeza de su amante y la besó apasionadamente.

—Vais á reiros de mí—la dijo,—porque os obedezco; pero yo me tomaré el desquite y reanudaremos la conversación empezada.

Había una especie de burla en el tono con que pronunció estas últimas palabras; pero Sarah había cerrado los ojos y apenas las entendió.

La doncella apareció:

—Si el señor quiere seguirme,—dijo.

Obedeció el ministro.

—Vamos—pensó—no debo perder la esranza.

XXI

El ayuda de cámara del conde Kerjean no tardó en poner en práctica las instrucciones de Courcelles.

Se fué á buscar lo que los escoceses de Pesth ó de Edimbourg llaman *little girl*, amiga suya, y que era la camarista de la señorita de Guersaint, dándole parte de los acontecimientos del pabellon.

El señor conde debía haber sufrido grandes pérdidas, ó tal vez se trataba de un duelo para el día siguiente, ó bien era víctima de la desesperación ocasionada por grandes penas; en fin, que ocurría algo grave.

Después de esta confidencia que, debía llegar en breve plazo por el conducto de la señorita Ivona, una hermosa bretona, rubia y colorada con más rapidez que el telégrafo á oidos de su ama, en dos saltos llegó al pabellón gracias á sus confortables tibias.

Ningún ruido alarmante se oía dentro.

Las luces del cuarto del conde estaban apagadas.

La crísis había pasado.

Juan, el celoso servidor, pegó su oído á la cerradura, no natando más rumor que el producido por la respiración del conde, que le tranquilizó hasta el punto de subir á su dormitorio, y no pensar más que en los mechones rubios que se rizaban en la nuca de la robusta Ivona.

Al día siguiente apareció el sol un poco tarde, como un burgués indolente que, tras una mala noche, conserva en su rostro las huellas de las fatigas de la víspera.

Era una de esas nebulosas y húmedas mañanas de noviembre, que á los paisajistas les gusta tanto reproducir.

Las madreselvas mezclaban la púrpura de sus hojas con el oro pálido de los plátanos y los sáuces.

Las dalias y los crisantemos se ostentaban con toda su lozanía. El rocío de las ramas caía sembrando perlas sobre la mojada arena.

A eso de las ocho, la hora habitual en que el marqués, con su libro de misa bajo el brazo, salía en dirección á Santo Tomás de Aquino, Magdalena, con un sencillo traje color malva, arreglada con cierta coquetería, luciendo una corbata de muselina, y con los hermosos cabellos, de color indeciso, recogidos en lo alto de la cabeza, fué á situarse en un bosquecillo que daba acceso al jardín del hotel del terreno otorgadoá su primo.

Las ventanas de la habitación del conde estaban abiertas: un humo blanquecino salía por la chimenea.

¿Habría ya salido?

Probablemente no, porque en la cochera, uno de los palafreneros, limpiaba la berlina, y los caballos piafaban en la cuadra.

La señorita de Guersaint, desde su punto de observación, dudaba, no obstante, cuando una silueta, que reconoció desde luego, se dibujó en la ventana.

Ocultóse la joven detrás de un macizo.

Se dilataron sus narices como las de un caballo de batalla al olor de la pólvora.

—Vamos á tener una explicación—pensó.

Pero ¿cómo atraer al culpable al jardin?

Lanzó su pañuelo diestramente en las primeras ramas de un haya cuyas hojas color de sangre no había aun dispersado el viento de otoño.

La batista quedó prendida en las asperezas, flotando á cuatro pies sobre su cabeza. Luego corrió hacia el pabellón y llamó.

—Santiago,—dijo;—quieres hacerme un favor.

El conde mostróse inmediatamente en batin de franela.

Su rostro no conservaba huellas de disgusto.

—¡Levantada ya querida mia, al primer canto del gallo!—exclamó:

—Bajad caballero,—dijo;—y venid á reuniros conmigo.

No tuvo necesidad de reiterar la orden.

—Obediencia pasiva,—contestó.—Me precipito por la escalera.

Y una vez en el jardin.

—¿En qué puedo serviros, señorita?

—Devolviendome mi pañuelo, que está ahí.

—¿Esa bandera agitada por los céfiros?

—Sí.

—¿Y como ha ascendido á tan elevado puesto?

—Figurate que un buho se había posado en esa rama.

—¿Un buho? ¡El pájaro de los hechiceros! ¿y de dónde venia ese noctámbulo?

—No lo sé; pero los detesto. Para ahuyentarle, le arrojé mi pañuelo.

—Y lo reservas para esos volátiles!—dijo Santiago mirándola alegremente. ¡Inocente! ¿Y ha huido?

—En seguida

—Como tiene horror á la bander a blanca. Es un buho de Belleville ó de Char onne.

El conde tomó una vara larga, y retiró diestramente el objeto reclamado.

—¿No me necesitas más?—preguntó devolviéndoselo á su prima.

—Para nada más.

El hizo como que se alejaba.

—Qué frio es el aire de esta mañana! ¿No te parece?—repuso ella. — ¿Quieres calentarte un instante? En el salón hay un hermoso fuego.

—Gracias: también tengo fuego en mi cuarto.

—¿Te vas ya? ¿Tienes prisa?

—No, pero tengo que salir dentro de un momento.

—¿Y dónde vas tan de mañana? Con segu-

ridad que somos los únicos que estamos levantados en París, á excepción de las gentes piadosas como mi padre, que asisten á la primera misa.

—¡Ah! ¿Mi tio ha salido?—preguntó Santiago ofreciendo el brazo á su prima.

—Sí, ya sabes que lo tiene por costumbre.

—En efecto. Y probablemente ayudará á misa como un monaguillo.

—No te burles, te lo ruego.

—Pero es ridículo...

—Es respetable, señor ateo. Además, ¿te contraría?

—De ninguna manera.

—Pues cualquiera pensaría lo contrario.

—Vamos, no nos incomodemos, monina. Ya sabes que todo lo que hace mi tío, lo encuentro bien...

—Estaría bueno que te permitieses censurarle.

—No, porque yo no soy libre pensador,—continuó el conde.

—Así lo espero. ¡No faltaba más¡ ¡Un Kerjean! Gracias á Dios, ya teneis bastantes defectos.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, la fama de un... ¿cómo diré yo?

—De callejero.

—Perfectamente.

—Pura maledicencia.

—Bueno.

—Quiero decir que es una vil calumnia.

—No estoy muy segura de ello. Hace algunas semanas que se os ve melancólico; efecto, sin duda, de alguna pena del corazón.

El conde se echó á reir tan francamente, que Magdalena comprendió que iba por mal camino.

Una alegría inflnita reflejóse en su rostro de angelical pureza.

—Pasemos—dijo;—no me conviene insistir sobre ese punto.

—¡Ah! tanto mejor—prosiguió el conde con un suspiro de satisfacción.

—¿Y el juego?—preguntó de pronto la señorita de Guersaint con aspecto severo.—¿Negareis tambien ese feo vicio? Aun sabemos de otros peores.

Kerjean bajó la cabeza, enrojeció bajo la mirada límpida de su prima y no contestó una palabra.

—Acusado—dijo solemnemente Magdalena,—vuestro silencio es una confesión. ¿A qué altura nos encontramos?

El conde continuó silencioso.

La señorita de Guersaint cambió de tono súbitamente.

—¿Conque es verdad? ¿Todo lo has perdido?—dijo.

Una lágrima osciló en las negras pestañas de Santiago.

—Y probablemente te quedarán deudas añadió Magdalena, mirándole tiernamente.

Kerjean se mordió los labios.

—¿Sabes—exclamó la joven—que para llegar á semejante posición has tenido que apresurarte?

Esta observación le tranquilizó.

—Tienes razón—dijo;—pero ¿qué quieres?, estaba loco.

—¿Al menos te habrás curado?—preguntó Magdalena, apoyándose con una presión involuntaria en el brazo de su primo.

—Demasiado tarde.

—Nunca es tarde para corregirse. ¿Supongo que no te apurarás por haber perdido un poco de dinero?

—Hija mía—dijo Kerjean—vivimos en un tiempo positivo. Los fabricantes de coches, los sastres y los cocineros no se contentan con palabras, sino con buenas rentas. Cuando ya no se tienen es necesario privarse de lo superfluo, y desgraciadamente lo superfluo para nosotros es lo necesario.

—¿Pero tú debes mucho dinero?

—Mucho, en efecto.

—¿A quién?

—A personas que apenas conozco, ó por mejor decir que no conozco nada, pero mi sacrificio está hecho. Venderé á Kerjean.

—¡Vender Kerjean! ¿Has llegado hasta ese extremo?—exclamó con asombro.

—¡Ay!

—¡Tu pobre madre que amaba tanto esa posesión! ¿Si levantara la cabeza qué pensaría¿

—Que murió demasiado pronto para darme buenos consejos.

—¡Pero no es posible que eso suceda!

—Y sin embargo sucederá. He sido un insensato.

—¡Convienes en ello! vamos, no es poco mérito.

—He visto el abismo demasiado tarde, y me he hundido hasta el cuello. Adiós.

Por un movimiento irresistible Magdalena se arrojó á su cuello y le abrazó como una hermana, más tiernamente quizá.

Santiago no opuso la menor resistencia.

—Vamos, no te apures Santiago—le dijo—veremos, buscaremos, y encontraremos un remedio á todo esto.

Había tanto afecto; tanta bondad en la voz de la señorita de Guersaint, que la emoción se apodero del conde.

Para disimularla rechazó dulcemente á la joven.

—Ni una palabra de todo esto á mi tío, querida mia—prosiguió.—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Tan malas noticias le causarían demasiada pena....

—En efecto.

—Silencio, pues.

—Gracias, Santiago mio, por ese buen sentimiento, y hasta muy pronto.

Y huyó precipitadamente.

Entró en su habitación y llamó á su doncella.

—Que enganchen los caballos en la berlina inmediatamente, para mí.

—La institutriz, que bordaba cerca de la ventana, viendo á su alumna ponerse el sombrero precipitadamente, dejó las agujas y aventuró una pregunta:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEXICO

—¿Vais á salir, señorita?

Magdalena se contempló ante el espejo.

—Sí—dijo, sin volver la cabeza.

—¿Sola?

—No, ciertamente; con vos.

—¿Para qué?

—Para algunos negocios.

—¿Teneis negocios, señorita Magdalena?

—¿Acaso me está prohibido?

—Sin duda se trata de alguna buena obra.

—Ciertamente, señorita Teresa; de una obra muy buena—prosiguió Magdalena, poniéndose una pelerina.

—¿Se trata de una limosna?

—Justamente.

—¿Una miseria... urgente de socorro?

La señorita Teresa era una buena solterona de cuarenta años, muy devota.

Magdalena se puso los guantes.

No pudo contener una alegre carcajada.

—¡Cómo adivivinais las cosas!—la dijo.

Ivona anunció:

El coche de la señorita está pronto.

La institutriz siguió con paso desigual á su alumna, que descendió la escalera rápidamente.

Ambas se instalaron en la berlina.

El lacayo cerró la portezuela y la señorita de Guersaint le dió esta dirección, con gran asombro de la institutriz:

—A casa de M. Blondeau.

XXII

M. Blondeau es notario, de la vieja escuela de su tiempo, (porque es maduro), desde la revolución de mil ochocientos treinta.

Cuenta setenta y seis años, que soporta valientemente.

M. Blondeau es una venerable reliquia digna de conservarse.

Nuestros contemporáneos están habituados á otras costumbres.

El notario de la presente generación es de ordinario muy joven. Se retira pronto de los negocios, rico, bien emparentado, sobre todo por parte de su mujer, cuya dote satisface el censo, que para él sipnifica teuer mujer.

Nada le distingue del *sportman*.

Se parece á M. Jacob en lo petulante, coqueton y bien vestido. Su redingot sale de los talleres D'Alfre; la corbata deslumbra de blancura; sus cabellos, cuando los tiene, se dividen cuidadosamente por el centro; su aspecto iguala al del vizconde más correcto.

El notario célibe, es un mito. No existe.

En general no se les puede negar cierto talento y una especie de conocimiento del mundo, cuyas confesiones reciben.

M. Blondeau forma una escepción, no nos atreveríamos á decir honrosa porque el notariado de París, se encuentra tan limpio como una edición salida de las prensas de la dinastía de los Didot. Pero entre los leales é

integros, miembros de esa imponente clase, si se hubiera elegido un modelo, se le hubiera proclamado por unanimidad el más virtuoso de los notarios.

Y la opinión no se hubiera equivocado.

Su despacho, de una sencillez primitiva situado en el primer piso de una casa de la calle de Tournon, propiedad de su familia, se parece á todos los gabinetes de trabajo de los antiguos notariados de provincia.

Allí se vé la antigua biblioteca jurídica de caoba; los sillones verdes, de cuero, gastados por el roce de los clientes: el gran *bureau* cilíndrico, cubierto de respaldos colocados en orden, el péndulo de marmol negro cuyo remate es el busto del rey martir, el pavimento frío y lustroso y las cortinas de terciopelo ajado, forman un cuadro á esos austeros trabajadores rodeados de la confianza pública.

M. Blondeau estaba en su puesto: no lo abandona nunca hasta la hora de comer, por la noche.

Un escribiente inclinóse á su oido y le dijo algunas palabras.

El anciano se quitó vivamente su birrete de terciopelo negro, abandonó con paso agil su sillón y corrió á la puerta llegando en el mismo instante en que su joven cliente la franqueaba.

—¿Vos aquí, hija mía?—la dijo con sonrisa paternal.

—Sí, yo misma en persona, querido monsieur Blondeau; debía veros esta noche cuando viniéseis á comer; pero los acontecimientos se precipitan.

—¡Acontecimientos! ¡Gran Dios!—contestó repitiendo sílaba por sílaba.—¡Me asustais, querida mía! ¿Qué ocurre?

La joven se sentó cerca del *bureau*, donde el notario recuperó su sitio mirándola con el mayor cariño. Era su pupila. El marqués le había confiado el cuidado de su fortuna, poniéndola en buenas manos.

—Vamos, hija mía, contadme todas esas cosas graves. ¿Vuestro señor padre goza de buena salud?

—Perfecta.

—¡Dios sea loado! Lo demás no debe de ser tan importante.

—Sí; se trata de Santiago.

—Me lo figuraba; ¿ha cometido alguna tontería?

—Habeis puesto el dedo...

—En la llaga—continuó el notario.

—Esa es la palabra.

—¿Qué pasa?

—Está perdido...

—Sí; ¿perdido de deudas?

—¡Ay!

—No me sorprende.

—¿Sabíais?...

—Me han dicho algo. Vuestro pobre primo se ha mezclado con mala gente.

—¿No es verdad?

—Sí. los círculos se convierten en garitos, centros de perdición y cavernas...

—¿De ladrones?

M. Blondean sonrió.

—No, hija mía; pero se juega mucho y se comprometen á sumas excesivas.

—No es eso todo; Santiago se ha arriesgado en otra parte.

—¿En dónde?

—En sitios peores; en la Bolsa.

—¡Desgraciado!

—Se trata de salvarle, y cuento con vos.

—¿Y qué hacer?

—Lo ignoro; pero confio en vos á fin de hallar los medios.

—¿El señor màrqués está al corriente de la situación?

—Todavía no; pero ¿tenemos necesidad de enterarle?

—Sin duda. Sois menor, incapaz de vender, comprar, prestar y de comprometeros, en una palabra, sin la asistencia de vuestro tutor. Artículo...

—Es un fastidio; pero obtendré ese consentimiento. ¿A cuánto ascienden nuestras economías, ó mejor dicho las vuestras, mi querido amigo?

—El rostro del anciano se iluminó.

Por medio de adquisiciones y negociaciones habia triplicado la fortuna que le había sido confiada. Era la obra maestra de su probidad. La recompensa consistía en la satisfacción de su conciencia.

—Son muy respetables, respondió. ¿A qué cifra se elevan las pérdidas de vuestro primo?

—Lo ignoro, pero segun creo es todo cuanto posee.

—¿Tiene su tierra de Kerjean?

—Habla de venderla.

—Si os gusta la compraremos.

—Pensaba en ello.

—Pero si no tiene más que eso, qué vá á ser de él?

—¡Ah!—dijo Magdalena—esa es la cuestión.

Y con un gran suspiro añadió:

—¡Pobre Santiago! Es bien digno de compasión.

M. Blandeau hizo un gesto negativo. Le parecía que desde el momento en que su pupila demostraba tanto interés por el conde, éste no debía considerarse tan desgraciado.

—Después de todo—dijo,—él se lo ha buscado; generalmente la recompensa es según las obras. ¿Y quienes son sus acreedores?

—No lo sé.

—Pues estamos poco adelantados. En fin, querida mia, puesto que nos encontramos á flote, y lo deseais, trataremos de recojer á bordo á ese náufrago.

—¡Oh! sí, os lo ruego.

—Esta noche os llevaré algunas noticias, porque inmediatamente voy á ocuparme del asunto.

—¡Ah, que bueno sois!—esclamó Magdalena levantándose.—No podeis imaginaros cuanto os amo.

Escelente corazón, se decía el anciano viendola alejarse. Es una perla; y pensar que tal vez algún día pase á manos de algún tunante.

Despues tomó el sombrero y salió.